

Los carmelitas descalzos: entre Roma y España

Silvano Giordano
(Universidad Pontificia Gregoriana – Roma)

Los Carmelitas descalzos representan un caso paradigmático en el contexto de las órdenes reformadas de la segunda mitad del siglo XVI. En el proyecto original concebido por Teresa de Jesús, llevado a cabo en las monjas y transmitido a los frailes por medio de Juan de la Cruz, confluyen ideas de procedencia distinta: la fraternidad realizada en pequeñas comunidades, la pobreza de procedencia franciscana, la relectura de la regla primitiva en sentido eremítico, la respuesta a la reforma protestante, la evangelización del medio rural y el interés por los descubrimientos en el Nuevo Mundo.

El movimiento, empezado en 1562 en las monjas y en 1568 entre los frailes, se encontró sometido a las tensiones de un ambiente en que convivían distintos modelos de reforma: la reforma del rey, en fases sucesivas, la reforma del concilio de Trento confiada a los superiores de la orden, concretamente al general Juan Bautista Rubeo y más tarde al vicario por él nombrado Jerónimo Tostado, los proyectos de Teresa y de sus seguidores y por fin los intereses de Roma, defendidos por los nuncios, en tensión dialéctica con los organismos de la corte.

En la incertidumbre de los primeros momentos de conflicto con la orden de procedencia, los Carmelitas descalzos fueron asumidos en el proyecto del rey para reformar la orden del Carmen. Se explica así la rapidez con la que pudieron vencer los obstáculos romanos interpuestos por la Curia y por el general, de forma que en treinta años (1562-1592) lograron plasmar el modelo elaborado por Felipe II: una orden religiosa independiente, con superiores "naturales" de los reinos de España asentados en Madrid, en simbiosis con la política de la corte.

El convento de Génova constituye el puente entre dos mundos. Fundado oficialmente (1 de diciembre de 1584) como hospedería para los religiosos de viaje entre España y Roma, pues no había sido posible, por la oposición del general del Carmen, establecer la deseada fundación de Roma, en 1585 el nuevo provincial, el genovés Nicolás Doria, lo convirtió en priorato, con noviciado y colegio de filosofía y teología, con intención evidente de expandir las fundaciones de descalzos más allá de los dominios de Felipe II. El provincial envió a Génova unos religiosos que se convertirían en los protagonistas de la posterior expansión: Fernando de santa María, Juan de Jesús María, Pedro de la Madre de Dios. El proyecto se completó con la fundación de las carmelitas descalzas (1590), gracias al patrimonio aportado por la genovesa Maddalena Centurione, viuda del mercader Baldassarre Cattaneo, ingresada en las carmelitas.

La red genovesa favoreció el paso de Génova a Roma. En 1594, muerto Nicolás Doria, las monjas españolas tuvieron que volver a su convento de Malagón, pues los nuevos superiores no compartían los planes de expansión del general difunto. Los dos conventos genoveses pasaron bajo la jurisdicción del cardenal

protector de los Carmelitas, el genovés Domenico Pinelli, quien introdujo a Pedro de la Madre de Dios en la corte de Roma.

Los Carmelitas descalzos, siendo una orden reformada, cumplían las características exigidas por Clemente VIII en su intento por implantar en la península italiana una reforma de las órdenes religiosas ajustada a los decretos de Trento. Gracias a los percances sufridos por el general Giovanni Stefano Chizzola, caído en la trampa de sus hermanos de hábito andaluces, la curia romana, antes opuesta a los carmelitas descalzos, patrocinó su asentamiento en Roma (1597) en la iglesia de Santa Maria della Scala en el barrio de Trastevere.

El desenlace no previsto podía comprometer los resultados logrados por Felipe II. Por eso el rey pidió que los carmelitas en Italia se cambiasen de hábito, lo cual equivaldría a fundar otra orden; el papa en cambio optó por dividir a los Carmelitas descalzos en dos congregaciones formalmente independientes: la congregación de San José, con su general en Madrid, que se extendía por la geografía española y los dominios ultramarinos, y la congregación de San Elías, cuyo general residía en Roma, con posibilidad de expansión en el resto del mundo (13 de noviembre del 1600).

De este modo se conservó la unidad de la orden, al crear dos jurisdicciones distintas e independientes. No fue esta una solución simplemente formal, pues en los primeros años se dio un intercambio de religiosos, especialmente el desplazamiento de españoles en Italia, y la colaboración en algunos proyectos, el más importante la beatificación y canonización de Teresa de Jesús, llevada a cabo con el concurso de la corte de Madrid y de las dos congregaciones de los Carmelitas descalzos.

Los recién llegados se ajustaron muy pronto a las perspectivas romanas. El viaje a Persia de 1604, enviados por el papa, les permitió conocer la situación de la Europa central, del Oriente próximo y de la India y propició una cuantas fundaciones: Cracovia (1605), Isfahan (1607), Hormuz (1612), Goa (1620), Basora (1623). Sin embargo, los Carmelitas descalzos mantuvieron su peculiar estilo de vida monástico, quedando la experiencia misionera propia de una minoría.

Especial relieve cobra la persona de Tomás de Jesús. Ingresado en los Carmelitas descalzos por haber leído los escritos de Teresa, se concentró en los aspectos eremíticos de la orden: fundó los dos primeros desiertos, Bolarque y Batuecas, y publicó en 1599 un comentario a la regla que destacaba los rasgos eremíticos de los primeros hermanos del Monte Carmelo. La reflexión sobre el pensamiento de Teresa, llevada a cabo en los años 1604-1606, le permitió fijarse en los aspectos apostólicos, por lo cual, llamado por Pedro de la Madre de Dios, huyó a Roma en 1607 y al año siguiente fundó entre los Carmelitas descalzos italianos un instituto misionero, la congregación de San Pablo, pronto suprimida por la oposición de sus hermanos de hábito. Tomás de Jesús participó en el debate acerca del protagonismo del papa en la conversión de herejes e infieles que condujo a la fundación de Propaganda fide (1622). En 1610 viajó hacia el norte de Europa, fundando el mismo año sendos conventos en París y Bruselas. Al amparo de los

Archidukes abrió conventos en los Países Bajos y en la región del Rin, con proyección misionera hacia Inglaterra e Irlanda. En los últimos años de su vida logró la síntesis de sus ideales, como aparece por el establecimiento, casi contemporáneo, del desierto de Marlagne (1619) y del seminario de misiones de Lovaina (1621).

Domingo de Jesús María, natural de Calatayud, hijo de un notario de Markina, representa la vertiente carismática. Su llegada a Roma en 1604 posiblemente se debiera a su poco apreciada fama de visionario. Sin embargo, precisamente esa característica le permitió conectar con Maximiliano de Baviera, quien solicitó su presencia en vísperas de la campaña militar que concluyó con la batalla de la Montaña Blanca junto a Praga (8 de noviembre de 1620), cuyo inesperado éxito se atribuyó a las virtudes taumatúrgicas del carmelita descalzo. Gracias a su fama se pudieron fundar conventos masculinos y femeninos en las ciudades imperiales de Viena y Praga.

El convento de Santa Maria della Scala se convirtió en un punto de referencia en la Roma de los papas. Unos españoles, como Juan Bautista de la Concepción y José de Calasanz, encontraron en él la ayuda de sus compatriotas. Clemente VIII envió los Descalzos a Abbás I, Sha de Persia y al mismo tiempo, muerto Giulio Antonio Santoro, cardenal de Santa Severina, nombró a Pedro de la Madre de Dios comisario para las misiones católicas, el mismo que fue llamado como confesor del conclave que eligió a León XI en 1605. El amplio abanico de nobles y eclesiásticos que participaron en los festejos de beatificación de Teresa de Jesús (abril 1614) muestra el entramado de relaciones tejido en poco más de quince años.

Durante treinta años el directivo de los Carmelitas descalzos de Italia quedó bajo el control de religiosos españoles, que se relacionaban con el lobby español e imperial presente en Roma, dentro de un marco definido por los intereses del papado. Posiblemente el estilo de vida de las dos congregaciones fue condicionado, más que por matices ideológicos, por el entramado de relaciones forjado por las respectivas cortes de referencia.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Fuentes

Documenta Primigenia I-IV (1560-1600) (Monumenta Historica Carmeli Teresiani, 1-4), Romae, Teresianum, 1973-1985.

Constitutiones carmelitarum discalceatorum 1567-1600, ed. Fortunatus a Iesu - Beda a SS. Trinitate (Bibliotheca carmelitana. Series III: Subsidia, 4), Roma, Teresianum, 1968.

Constituciones de las carmelitas descalzas (1562-1607), ed. T. Alvarez et alii (Monumenta Historica Carmeli Teresiani, 16), Roma, Teresianum, 1995.

Primae constitutiones congregationis sancti Eliae O.C.D. anno 1599, ed. Valentinus a sancta Maria, Romae, Teresianum, 1973.

Acta capituli generalis O.C.D. Congregationis S. Eliae, I (1605-1641), ed. Antonio Fortes (Monumenta Historica Carmeli Teresiani, 11), Romae, Teresianum, 1990.

Acta definitorii generalis O.C.D. Congregationis S. Eliae (1605-1638), ed. Antonio Fortes (Monumenta Historica Carmeli Teresiani. Subsidia, 3), Roma, Teresianum, 1985.

Estudios

Silverio de santa Teresa, Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América, 15 vol., Burgos, Monte Carmelo, 1935-1952.

Smet, Joachim, The Carmelites: A History of the Brothers of Our Lady of Mount Carmel, II: The Post Tridentine Period 1550-1600, Darien, Carmelite Spiritual Center, 1976 (trad. italiano, español).

Steggink, Otger, La reforma del Carmelo español. La visita canónica del general Rubeo y su encuentro con Santa Teresa (1566-1567) (Textus et studia historica carmelitana, 7), Roma, Institutum Carmelitanum, 1965; Avila, Diputación Provincial - Institución Gran Duque de Alba, 1993.

Saggi, Ludovico, Le origini dei carmelitani scalzi (1567-1593). Storia e storiografia (Textus et studia historica carmelitana, 14), Roma, Institutum Carmelitanum, 1986.

Roggero, Anastasio, Genova e gli inizi della riforma teresiana in Italia (1584-1597) (Institutum historicum teresianum. Studia, 3), Roma, Teresianum, 1984.

Paolocci, Claudio - Giordano, Silvano (ed.), Umanesimo e cultura alle origini dei carmelitani scalzi. Giovanni di Gesù Maria (Fonti e studi per la storia civile e religiosa della Liguria, 2), Genova, Biblioteca Franzoniana, 2001.

Giordano, Silvano - Paolocci, Claudio (ed.), Nicolò Doria. Itinerari economici, culturali, religiosi nei secoli XVI-XVII tra Spagna, Genova e l'Europa (Institutum Historicum Teresianum. Studia, 7), Roma, Teresianum, 1996.

Morgain, Stéphane-Marie, Pierre de Bérulle et les Carmélites de France. Histoire d'une querelle. 1583-1631, Paris, Cerf, 1995.

Giordano, Silvano, Domenico di Gesù Maria, Ruzola (1559-1630). Un carmelitano scalzo tra politica e riforma nella chiesa posttridentina (Institutum Historicum Teresianum. Studia, 6), Roma, Teresianum, 1991.

Fernández de Mendiola, Domingo Angel, El Carmelo teresiano en la historia: una nueva forma de vida contemplativa y apostólica. III parte: Dos Congregaciones del Carmen Descalzo. Desarrollo paralelo y visiones dispares (1597-1840). Volumen III: Período de asentamiento doctrinal y de expansión (1597 a 1650) (Institutum Historicum Teresianum. Studia, 12), Roma, Teresianum, 2011.

Tomás de Jesús, Suma y compendio de los grados de oración. Estudio introductorio y edición de Silvano Giordano (Textos para un milenio, 8), Madrid, Ediciones Carmelitanas, 2011.